

Capítulo 1

Don Antonio

D

icen que hay tres cosas que uno debe hacer en la vida: Plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo. Yo hoy he visto un cadáver. No sé si cuenta como hito vital, pero desde luego marcarme, me ha marcado para siempre.

Y no era un cadáver desconocido... No es que eso sea ni mejor ni peor, pero impacta, te aseguro yo que impacta. Tantos años viendo series de *true crime* y nunca me pude imaginar que un muerto tuviera esa pinta.

Uno no siempre llega a intimar con sus vecinos. En ocasiones, incluso ni siquiera sabes quién vive más allá de tu propia planta. Sin embargo, a veces compartir ruidos de pared, algún que otro agujero causado por un taladro mal calculado o pedir ayuda para matar a una cucaracha gigante salida del inframundo, acaba uniendo.

Solo llevo unos meses viviendo en el Bajo A, en el barrio del Greco de Sevilla, pero para mí Don Antonio ya era más que un vecino. Aunque tengo la sensación de que la muerte nos ha acercado aún más. Morirse se me antoja algo demasiado privado e íntimo como para compartirlo con cualquiera. Y el destino, la mala suerte o la

casualidad, quisieron que Don Antonio y yo tuviéramos un último momento juntos. ¡Y qué momento!

Nunca he sido una persona que hable de usted a la gente mayor, incluso aunque ellos lo hagan conmigo. Y no me malinterpretes, no es por falta de respeto, al revés, es por cercanía, como queriendo decir: «Pues no te veo yo tan viejo», pero con Don Antonio es diferente... *era* diferente.

Su presencia exigía respeto sin necesidad de palabras. No sé si sería por su porte imponente, por su eterna cara de mala leche o por esa voz rasgada que ponía firme hasta al más valiente de la sala. ¡Dios, cómo echo de menos a ese viejo cascarrabias!

Y, si lo piensas, motivos no había. Siempre me llamaba «niña», como si mis 36 cascabeles y las canas que el tinte ya no puede esconder no fueran suficiente para ganarme la acreditación de adulta. Siempre protestaba por el ruido de mi tele, por la música alta (que estoy escuchando a Taylor Swift, Don Antonio, ni que fuera AC/DC) o porque mi perra era demasiado cariñosa (¿¡pero quién en su sano juicio se queja por recibir demasiado cariño!?). Aunque, por otro lado, siempre tenía esa cosa que me encanta —que me encantaba—, de a la vez que armaba escándalo por el ruido de la tele, sentarse conmigo para ver la historia del último *serial killer* de Estados Unidos; mientras ponía el grito en el cielo por la música, quería saber más sobre eso del «*espotipai*» y, mientras soltaba un discurso interminable de razones por las que los gatos son «incuestionablemente mejores» que los perros, acariciaba a Trufa entre las orejas.

Estaba harto de ver lo mal que se me daba hacer bricolaje y de que mis paredes parecieran el escenario de una película de gangsters barata, en la que dos bandas rivales se acribillan a tiros.

Una vez, me pilló intentando sacar un espiche atrancado con las pinzas de depilar y casi me lleva «al cuartel de los municipales», como solía decir.

Pero entre bronca y bronca, cada vez iba dejando más cachibaches en mi casa: un martillo, un destornillador, unos alicates... Hasta que un día se presentó en mi puerta con una caja de herramientas vacía, me la dio y volvió a su casa sin mediar palabra.

Así es Don Antonio, así *era*. Un cascarrabias con un corazón más grande que su mal humor.

Por eso no entiendo por qué alguien iba a asesinarlo.